



qué secuelas dejó en la vida nacional? También cuestiona las “verdades” oficiales y controvierte la “realidad” nacional, pero, sobre todo, construye versiones alternativas sobre sucesos centrales de la vida del país. Los tres libros señalan otra historia posible, lejos de la deformación o la censura; o más que posible, verídica en tanto que une la experiencia vivida y la experiencia escrita; es decir, la vida y la ficción.

Torres es un escritor con una inmensa convicción de lo popular, sin comillas ni atenuantes. Su trilogía celebra la voz, las voces de los ciudadanos de lo público a lo privado. Posee la certeza de que los puntos de vista hacen la diferencia, y por eso sus narraciones viajan de una voz a otra, de la más intimista y subjetiva a la coral y colectiva. Es una trilogía a voces.

A diferencia de algunas novelas “históricas”, aquí la rigurosa investigación documental no es exhibicionista, la erudición no pretende aplastar al lector, cada dato histórico es necesario y está vinculado al desarrollo dramático. No hay decoración, la sabiduría está incorporada a la caracterización de los personajes, a la compleja trama policiaca de los posibles asesinos de Gaitán, o a la minuciosa reconstrucción del habla y del ser urbanístico de la ciudad. Existe una armónica combinación de la información con la expresión imaginaria. El dato al servicio de la narración.

EL REINO DE LA IMPUNIDAD

Hay una innumerable bibliografía sobre la figura del caudillo Jorge Eliécer Gaitán. Historiadores, cronistas, novelistas —sin contar la tradición oral que ha creado ya miles de leyendas— han escrito sobre este personaje, que al caer asesinado dividió también la historia de nuestra nación. Pero la primera y esencial decisión de Torres, que lo distingue de otros narradores, consistió en no hablar de la vida del político, sino enfocarse en la invención de Juan Roa Sierra, su supuesto asesino.

Contar a Roa Sierra significó para el escritor reconfirmar su invisibilidad en los medios de

comunicación y los textos históricos. Roa Sierra era una especie de fantasma, solo palpable en esa terrible fotografía de su linchamiento. Los medios, los políticos, la verdad instaurada, lo signaron como el asesino de Jorge Eliécer Gaitán, y de esa manera se dispó la investigación sobre sus más seguros responsables. Roa Sierra ha sido y es la víctima ideal, el asesino oportuno.

Tras averiguar lo poco que se podía sobre esta figura, ninguneada y anónima, Torres creó una criatura popular, reconocible y factible en la pobreza bogotana. Roa es tan nuestro como Gaitán, pero, a diferencia de él, es silencioso, intrascendente, vulgar. Ambos representan dos caras de la identidad esquiva que ha intentado apresar al colombiano. Somos ellos dos también, creo leer en *El crimen del siglo*. Roa no solo adquiere un rostro por obra y gracia de la ficción, una estatura, un color y un olor; también una debilidad,

Izquierda:
incendio de
tranvías frente
al edificio de la
Gobernación de
Cundinamarca

Derecha:
incendio de
la Casa de
Gobierno, en la
calle doce entre
carreras cuarta
y quinta

una impotencia, una indefensión. Ya no es la víctima propiciatoria castigada por la “historia patria”, sino un hombre digno en sus miedos, de una humanidad desbordante en sus carencias: un Juan Roa Sierra que por fin ha ganado en existencia, una víctima más de nuestro pasado.

Con él emerge también el habla popular bogotana, un lenguaje que define a los personajes sin caricaturizarlos, que los dota de un tono verosímil, revelador. Esta novela expresa lo popular, delimitando las fronteras de clases y lugares: sus tonos más auténticos, sus señas de identidad. También la atraviesan personajes secundarios, aunque imprescindibles: la madre, su hija, la esposa, el flaco, Umland Gert, el mismo Gaitán. Y también están los personajillos que habitan el tramado de confabulaciones y los beneficiarios casi clandestinos que persiguen el crimen del líder político. En este paraje, la novela se teje en clave policiaca:

Jorge Eliécer
Gaitán en
la sala de
urgencias
de la Clínica
Central

